

kiosko de *las Aves*, vestíbulo de la muerte ó de la prision perpétua. De todo el imperio y de todo su haren no le quedó mas que un calabozo, una esterilla y dos esclavas. Su misma madre no se atrevió á visitarlo, temiendo hacerse sospechosa á los ulemas.

XXI

Sin embargo, como Neron en Roma, Ibrahim tenia partido en las tabernas y en los cuarteles, en donde la corrupcion de los príncipes afianza con la licencia el vil favor del populacho. En los cafés y en las cuerdas de los spahis se agitaban en su nombre: preguntábase con qué derecho los legistas, los scheiks y los agas habian precipitado del trono á un padischah legítimo para cubrir su ambicion de mando con el nombre de un niño que acababa de salir de la cuna. Se fingia alarma por la apariencia de un gobierno en manos de un fantasma de padischah. Los visires y los agas temieron dejar la mas remota esperanza ó el mas lijero pretexto á este peligroso arrepentimiento de las tropas. Se preguntó al muftí si era lícito de-

poner y matar á un padischah que sacaba á pública subasta las dignidades del imperio.

« Sí, » respondió lacónicamente el muftí; « ¿ no dice el Coran, *si hay dos khalifas matad uno?* »

Armado con este fetwa que legitimaba el regicidio, el muftí, juez y verdugo á la vez, el gran visir, los jueces del ejército, los agas de los genizaros, de los spahis y de las otras milicias se dirigieron al serrallo para ejecutar la sentencia. El horror del regicidio, el temor de la venganza tardía, pero infalible, que habia alcanzado á todos los asesinos del primer sultan, muerto violentamente, la compasion que inspiraba un príncipe mas despreciado que aborrecido por sus servidores, habian convertido el serrallo en un desierto. Pajes, bostandjis, capidjis, todos huian ó negaban su intervencion en el asesinato. El muftí y los visires se vieron obligados á forzar con sus propias manos las puertas del kiosko de *las Aves*, que nadie consentia en abrirles.

Cuando las puertas de hierro cayeron á sus golpes: « ¿ Donde está el verdugo? » preguntó el gran visir.

El verdugo Kara-Alí se habia escondido, por no mojar sus manos en la sangre del padischah. Lograron al fin descubrirlo; lo trajeron pálido y temblando ante los asesinos, echóse á los piés del gran visir y

pidió que lo matasen ántes que obligarlo á ejecutar á su padischah, jurando por el cielo que sus trémulas manos y sus débiles rodillas no le permitirían ejercer su sangriento oficio.

« ¡ Cobarde é infame giaour ! » le dijo el gran visir dándole un palo en la cabeza, « ¡ ven ó muere ! » Kara-Alí y Ali-Hammal, ayudantes del verdugo, fueron introducidos forzosamente en el kiosko, y entraron con una banda de chiaux en el cuarto del prisionero. Los visires, los agas y el muftí se colocaron en silencio en una tribuna elevada con reja de hierro, desde donde veían el interior del calabozo, iluminado por arriba.

Ibrahim, á quien el espesor de las paredes habían impedido oír el sordo tumulto de la puerta y el diálogo del gran visir y del verdugo, estaba sentado, con los ojos sobre un Coran, en un ángulo del divan ; sus dos esclavos, en pié y con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía que escuchaban la lectura. El sultán estaba vestido con un caftan negro, un pantalon encarnado sujeto á la cintura con un schal hecho girones ; un gorro griego de lana, de color de púrpura, cubría su cabeza en vez del turbante, la guirnalda de flores y las piedras que ántes la adornaban. La palidez, la flaqueza y la melancolía de su rostro atestiguaban ya la sombra y la lividez de la prision.

Apercibiendo en la tribuna al muftí y los visires, sus enemigos, y viendo entrar en su cuarto al verdugo Kara-Alí, personificación muda de la muerte, que él había enviado tan á menudo á sus víctimas, comprendió su suerte, y levantándose sobresaltado, fijando la vista en la tribuna : « ¿ No hay aquí ninguno de los que han comido mi pan ? » exclamó con tono suplicante ; « ¿ quien se apiada de mí y quiere socorrerme ? Esos bárbaros quieren matar-me. ¡ Perdon ! ¡ oh ! ¡ perdon ! »

Dirigiéndose en seguida al muftí, en quien esperaba despertar algun resto de su antiguo afecto, perdido por la injuria hecha á su hija : « Ve, Abdul-Rahim, » le dijo, « ve lo que es la ceguedad de los hombres y el capricho de la fortuna. Yusuf-bajá me habia aconsejado que te mandara matar por revoltoso y traidor ; yo no consentí en tu muerte, y tú quieres ahora la mia. Lee el Coran como yo, lee la palabra de Dios, que reprueba la injusticia, la crueldad y la ingratitud. »

Los visires hicieron signo á los verdugos de hacer su oficio. Kara-Alí y sus ayudantes cogieron por los hombros al prisionero ; este se les escapó y se refugió en un ángulo de la cárcel junto á sus dos esclavas, cuyas débiles manos lo disputaron un momento al verdugo. Miétras que el cordon estrechaba su gar-

ganta, sus imprecaciones y sus maldiciones invocaban la venganza del cielo contra los otomanos, asesinos de su padischah. Su último suspiro fué una blasfemia contra su pueblo. Su cadáver, trasportado al patio que separa el kiosko *de las Aves* del palacio, fué lavado allí, perfumado por los imanes y enterrado en el sepulcro de Mustafá I, cerca de la mezquita de Santa Sofía.

Leyóse el Coran sobre su tumba, y quemaron ámbar y aloes para purificar su alma con el humo de los perfumes. La tiranía muerta era respetada por la religion de un pueblo que habia enviado al culpable ó al insensato al verdadero juez.

XXII

El reinado breve, agitado y lleno de rivalidades del serrallo de un niño de siete años, fué el reinado de la sultana Koesem, tan pronto servida como contrariada por las facciones que ella habia suscitado y que se vió á su vez obligada á tolerar.

Las favoritas de Ibrahim fueron relegadas en el antiguo serrallo. La sultana Koesem no exceptuó

de este destierro mas que á la madre de Mohammed, la sultana Tarkhan, esclava rusa ó polaca que no inspiraba temores por su ignorancia y el respeto que tenia á la madre del sultan. Las prodigalidades de Ibrahim habian dejado exhausto el tesoro del serrallo. Las confiscaciones de los bienes de las favoritas lo llenaron. Su preceptor, el khodja Djindji, que se habia evadido de la mezquita del centro, fué descubierto y atormentado por el verdugo para obligarlo á confesar sus riquezas. Temiendo mas la ruina que el dolor, Djindji declaró poco á poco los tesoros que habia adquirido con sus supercherías mágicas, y cuando la tortura le hubo arrancado toda su fortuna, el sable le quitó la vida.

Estas exacciones sobre los favoritos de Ibrahim proporcionaron al tesoro mas de ciento cincuenta millones de piastras, que fueron distribuidas en gratificaciones para interesar en la revolucion á las tropas, que comenzaban á murmurar contra sus autores.

El ejemplo de la sedicion recompensada habia seducido ya á los pajes de los tres serrallos de Constantinopla, especie de colegios civiles y militares en donde la juventud de las familias principales se instruia en el arte militar y en los negocios para servir en el ejército y en la córte. Amenazados por un acto de indisciplina con un castigo corporal que queria infli-

girlés el capu-aga, los pajes se sublevaron, se fortificaron en sus serrallos y sostuvieron un sitio contra los bostandjis. Solo se calmó su sedicion concediéndoles doscientas promociones de oficiales en los spahis y en los genizaros.

Cada baja regateaba al gran visir Sofi-Mohammed su obediencia. Este anciano condescendia en vez de gobernar; la revolucion, que él habia servido pasivamente, lo trataba como á un juguete y no como á un ministro; los spahis, los genizaros, los ulemas, los agas, comenzaban á echarse en cara mutuamente la muerte de Ibrahim; el remordimiento agitaba los cuarteles.

« Pongo á Dios por testigo, » decia el veterano de los genizaros, Musslieddin, « que tampoco nosotros hemos tomado parte en el regicidio, preguntad á sus verdaderos autores, el muftí y el gran visir. »

Los pajes, reunidos á los spahis, pidieron á voces el castigo de los culpables. El gran visir y el muftí, justamente amenazados, encerraron á los genizaros en los cuarteles. El muftí publicó un fetwa contra los agitadores, contenido en un versículo del Coran: « *Si se rebelan los unos contra los otros, matadlos hasta que respeten la orden de Dios.* »

Este fetwa calmó al parecer la sedicion; pero el

kiaya del gran visir que rondaba una noche por la ciudad, habiendo hecho decapitar á tres spahis, atravesar la planta de sus piés con el hierro de sus lanzas, y dejar sus cadáveres en el hipódromo, el grito de venganza resonó por la mañana en los cuarteles. Los spahis, ofendidos por un suplicio ignominioso, contrario á sus privilegios, atraviesan en masa el Bósforo, que separa á Scutari de la punta del serrallo, y acampan con banderas desplegadas en el hipódromo. Los fuegos de su campamento amenazaban incendiar la ciudad. Deponen al muftí regicida, y nombran en su lugar al antiguo muftí Abusaid. Este anciano rehusa el nombramiento sedicioso y les arena para traerlos á la razon.

La sultana Koesem dicta á su hijo un katti-scherif por el cual el sultan exhorta á los spahis á que dejen las armas, les entrega al gran visir y al muftí, autores de la revolucion, y los autoriza para que le indiquen ellos mismos un gran visir de su eleccion. Al oír este katti-scherif, los agas de los genizaros, reunidos en el serrallo, protestan que defenderán al gran visir y al muftí, hechuras suyas. Estimúlase el zelo de sus soldados con una gratificacion de cincuenta piastras por cabeza; las dos milicias se encuentran y chocan ante la columna de Constantino; los genizaros, un momento vencidos, son conducidos por el

anciano Musslieddin al ataque del hipódromo, que se cubre de cadáveres.

El historiador Naima, contendiente y testigo de esta guerra civil dice que se distinguian las cabezas de los spahis por sus cabellos encanecidos bajo el casco; las de los pajes por sus negras ó blondas cabelleras. Perseguidos por los vencedores y acuchillados en el átrio mismo de las mezquitas, los pajes y los spahis se refugiaron en lo alto de los alminares, desde donde se oía, en vez del llamamiento de los muezzines á la oracion, los gritos de terror de los que imploraban su perdon. Musslieddin, tan compasivo como valiente, hizo bajar á los fugitivos de los alminares y los protegió contra el furor de los genízaros. Permitió que los padres de los sublevados fuesen á buscar y sacar de entre los muertos á sus hijos para darles sepultura. Los demás fueron arrojados al mar, no obstante el axioma de la legislacion religiosa musulmana que dice: « La muerte lava la rebelion, y los cadáveres de los sediciosos deben ser respetados, como si su sangre hubiese expiado su culpa. »

Las sublevaciones se propagaron en las provincias. Propúsose en el divan el apaciguarlas confiriendo á los jefes de los rebeldes los grados y los gobiernos que ambicionaban. El gran visir habia consentido en ello; pero el inflexible Musslieddin manifestó « que no

« era lo peor para un imperio que se suscitaran guerras civiles en su seno, sino el tener un gobierno « que recompensara á los que se sublevasen contra « él. »

Uno de estos jefes de partido de la Caramania, Haider-Oghli, el Turcomano, fué conducido, cargado de hierros, á la presencia del divan, en donde el gran visir le echó en cara sus crímenes.

« Mi gracioso señor, » respondió el turcomano, « los hijos imitan á sus padres; todos venden lo que « compran; por eso he llegado yo á ser rebelde, como « lo fué mi padre Haider-Oghli el Negro.

« Declara donde tienes tus riquezas, prosiguió el « visir.

« Esa es una pregunta del último juicio, » replicó el prisionero; « ¿ crees tú que yo habré vertido tanta « sangre, incendiado tantas ciudades, para ir confesando una tras otra todas mis rapiñas? ¡Ay! ¡ay! « la noche se acerca. Yo he nacido ayer, y debo morir hoy; el único favor que te pido es que acabes « pronto. »

XXIII

Los genizaros, abusando de su victoria, oprimian insolentemente la capital y las provincias; robaban mujeres en Constantinopla; asaltaban una casa de baños en Gallípoli; sus agas exigian lo que se les antojaba del gran visir, y tramaban su ruina, despues de haberlo elevado. La sultana, irritada secretamente por el asesinato de su hijo Ibrahim á quien quiso conservar siquiera la vida, ya que no el poder, se entendia con los agas para conspirar contra el divan y el muftí. La humillacion de las armas otomanas durante estas agitaciones intestinas, ofrecia pretextos á sus resentimientos.

Hussein, sin refuerzos, abandonaba el sitio de Candia; la flota de los Venecianos quemaba parte de la del capitan-bajá en las aguas del Archipiélago. La sultana, de acuerdo con los agas, convocó un divan á pié en el serrallo para deliberar acerca de los desastres de la escuadra y del ejército. Su hijo, á quien habia enseñado la actitud que debia tomar y las palabras que habia de proferir, presidia el divan sentado

en el trono de Soliman. El gran visir echó la culpa á las circunstancias. El niño, leyendo su papel en el rostro de su madre, le respondió frunciendo el ceño. »

« Ve, tú no eres digno de ser gran visir; deja el « sello del Estado. Y tú, » añadió entregándoselo á Kara-Murad, aga de los genizaros, « cógelo; yo veré lo « que tú sabes hacer. » Volviéndose luego hácia el juez mayor Aziz-Effendi, apoyo y cómplice del gran visir, el sultan le echó en cara que vendia en pública subasta las mas elevadas funciones de la justicia :

« Querido hijo, » respondió el juez mayor sorprendido, « ¿ quien te ha enseñado eso? »

Esta insolencia, dirigida contra la sultana Koesem, hizo hervir su enojo y rompió su silencio. « Cuando « el padischah dice alguna cosa á sus esclavos, ¿ es « respetuoso, » exclamó ella, « responderle con ironía : Querido niño, quien te ha enseñado eso? La « voz del *mundo* se lo ha enseñado. Hasta los niños « conocen nuestros infortunios, y censuran vuestras « iniquidades. Con tantas riquezas usurpadas y des- « pilfarradas, no habeis conseguido mas que sedi- « ciones dentro y desastres fuera. Quereis matarme « á mí misma, lo sé, porque mi mirada os importa. He vivido siete reinados, ¡ alabado sea Dios ! « y he goberna tres. Sido muriese ahora, el *mundo* « no se reconstruiria, ni se arruinaria completa-

« mente. Tan pronto se quiere matarme como esclavizar al padischah; pero ha llegado el momento de elegir entre él y vosotros. »

La muerte debía acompañar estas palabras; el nuevo gran visir Kara-Murad recibió orden de la sultana Validé para hacer extrangular á Sofi-Mohammed, su kiaya y sus cómplices. El muftí se libró del suplicio con la fuga. Pasado algun tiempo se dió su destino á Behayi-Effendi, cuyas facultades intelectuales, enervadas por el uso del ópio, no inspiraban temor alguno á la Validé de que quisiera intervenir dañosamente en sus negocios.

XXIV

La paz de veintidos años fué renovada por el Austria, y el sitio de Candia emprendido con nuevo vigor por Hussein. Pero las incesantes sediciones de sus tenientes y de los soldados neutralizaban su valor y su talento. El gran visir Kara-Murad, después de algunas insurrecciones vencidas en la Asia Menor, se entregó á la ociosidad, á la intemperancia y á los desarreglos de su primitiva vida de

soldado. Sus vergonzosos vicios escandalizaban la capital; pasaba los días en sus jardines de los pueblos griegos de las cercanías de Constantinopla, en donde el vino embrutecía su razon. Veíasele con frecuencia seguido de un simple muezzin, sacristan de la mezquita próxima á su palacio, embriagado como él, volver tambaleándose sobre su caballo, de las crápulosas orgías que tenia fuera de la ciudad. Confundíase en su persona el desprecio del hombre y el del gobierno.

El sultan crecia en años y razon; su madre la sultana Tarkhan, le dictó un katti-scherif que amenazaba á Kara-Murad: « Yo te he hecho gran visir, » decia esta carta escrita por el jóven, « ¿porqué pierdes el tiempo en tus jardines y viñedos? Ocurrente en los negocios del imperio; de otra suerte, te corto la cabeza. »

Kara-Murad, estupefacto con la lectura de esta carta, y deseoso de descubrir qué enemigo suyo habia inspirado al sultan una reprension tan agena de su edad, hizo llamar al maestro de escribir del padischah. Era este un scheik eminente de la Meca, recientemente investido con este cargo de confianza, llamado Beschir-aga. Interrogado por el gran visir juró no tener noticia del mensaje ni del que habia provocado la cólera del sultan; confesó, no obs-

tante, á Kara-Murad, que el niño le habia preguntado, dias hacia, como debian escribirse las palabras: « *Yo te corto la cabeza,* » fórmula frecuente en la última línea de los kattis-scherifs. El gran visir reemplazó audázmente al maestro de escribir que le parecia sospechoso. La sultana Tarkhan se indignó con esta usurpacion de las prerogativas maternales. Esta jóven Validé, hasta entónces dócil á la voluntad de la sultana Koesem, comenzó á rebelarse contra una dominacion prolongada que menoscababa su influencia sobre su propio hijo.

La division de los partidos en el divan se extendió al haren. La sultana madre desacreditó en el ánimo de su hijo, á Kara-Murad, hechura de la abuela del sultan. Kara-Murad, siguiendo el consejo de su pariente y amigo Begtasch-aga, aga de los genízaros, presentó su dimision al jóven sultan: « Mi padis-
« chah, » le dijo, « no debe tener mas que un gran
« visir en el imperio; hé aquí el sello: no lo des á
« un genízaro, no sea que arruine el mundo. »

Inmediatamente partió para Ofen con el título de gobernador de Hungria. Malek-Ahmed-bajá, hombre hasta entónces oscuro, pero favorecido por la sultana Tarkhan, le sucedió. El ilustre astrónomo de la córte, Hussein, juez de Medina, amigo de Kara-Murad, participó de su desgracia. Desterrado en primer lugar á

Stenia en Bosnia, llamado luego á Constantinopla por intercesion de la sultana Koesem, que lo protegia, se profetizó su propio fin, observando los astros. El muftí Behayi, que le debia favores, dió sin noticia suya, un fetwa de muerte contra él, bajo el pretexto de impiedad, pero en realidad para complacer á la jóven sultana Tarkhan. La víspera del dia en que el fetwa secreto debia ser ejecutado, Hussein consultó los astros y reconoció que el dia siguiente era dia desgraciado. Mandó énsillar sus caballos y preparar una barca muy temprano para pasar aquel dia funesto fuera de Constantinopla. Apénas llegó al mar, cuando ya los verdugos cercaban su casa, y embarcándose para perseguirlo, lo alcanzaron cerca del castillo de los Dardanelos, lo extrangularon y arrojaron al mar el cádaver de uno de los primeros astrónomos que hayan elevado la ciencia de los cielos entre los turcos al nivel de los conocimientos del Egipto y de la Arabia.

XXV

El nuevo gran visir, á quien favorecia la sultana Tarkhan, era Malek-Ahmed, georgiano de origen, que

habia entrado niño en el serrallo, y que debia á su varonil belleza el sobrenombre de *Angel*. Honrado, íntegro, desinteresado, propuso al divan reformas y reducciones en los sueldos exorbitantes de los visires, de los agas, de las troasp, y especialmente en las pensiones del clero, que arruinaban el tesoro. La sultana Kœsem se opuso á estas economías que disgustaban á los dervises, tribunos religiosos del pueblo, siempre dispuestos á fomentar sus murmuraciones.

« Querida alma, » le respondió Sarikatib, astrónomo del serrallo, discípulo del sabio y desventurado Hussein, y secretario del divan; « desde que el mundo « existe, es cosa inaudita que las plazas fuertes y las « provincias hayan sido conquistadas ó defendidas « por las oraciones de los dervises y de los mollas. « Si preguntais, ¿ Quién ha ganado esta batalla, « quién ha tomado esa fortaleza? Os responden: El « borracho Ibrahim-bajá, ó tal bajá desmoralizado; « las maldiciones de los dervises y de los mollas son « tan impotentes como sus oraciones, y yo asumo sin « temor sobre mi cabeza todas sus imprecaciones. »

Estas economías y las alteraciones del título de las monedas compensaron un mal con otro. Los drusos se sublevaron en Siria, los kurdos en la frontera de Persia; Esmirna y Salónica, dos plazas comerciales

del imperio, se insurreccionaron contra sus bajás; el lujo de los harenes, de los carruajes, y de las mesas devoraba en Constantinopla las rentas de las provincias. El historiador Ewlia refiere que su patrono Mohamed-bajá, hijo de un tesorero del imperio, y mas célebre por su mesa que por sus hazañas, poseía una vagilla de plata y un servicio de porcelana de China de un valor incalculable, mantelerías bordadas con oro y piedras preciosas, cuarenta cocineros que se apostaban por mitad cuando viajaba, para que hallase en todas partes el mismo lujo y las mismas delicias; sesenta caballos llevaban sus provisiones de boca; siete intendentes, jefes de sus cocinas, dirigian cada uno una porcion de cocineros.

La miseria del pueblo contrastaba como es natural con este lujo de los magnates. Las contribuciones, desproporcionadas con las fuerzas de los contribuyentes, arruinaban la agricultura y el comercio. Una insurreccion de todos los comerciantes y de todos los obreros de Constantinopla pretendiendo la abolicion de estas cargas excesivas derribó del poder á Malek-Ahmed.

La sultana nombró en su lugar al silihdar Siawusch-bajá, antiguo esclavo que habia subido de grado en grado á causa de su valor hasta el gobierno de la Hungria. Siguiendo los consejos de la sultana

Kœsem, Siawusch fué á pedir á los genízaros el auxilio de sus armas en favor del jóven sultan. Begtasch-aga, el mas turbulento, el mas popular y el mas ambicioso de los tribunos de esta milicia, se lo concedió en términos altivos que ponian al gran visir á merced de este cuerpo.

« Yo obedeceré á mi padischah, y no á vosotros » respondió Siawusch con dignidad; « ni vuestras cabezas ni la mia no deben estar derechas ante él, sino dobladas y flexibles como el acero de nuestros sables. »

Los genízaros consintieron en reprimir los restos de la sedicion del pueblo que fermentaba aun á las puertas del serrallo.

XXVI

Pero esta calma fué precaria: el fuego del ódio vivia oculto en el haren y no podia dejar de producir pronto sus efectos. La sultana Kœsem, á quien la validé Tarkhan arrancaba el imperio con la elevacion sucesiva al rango de gran visir del hermoso Malek-Ahmed y del intrépido Siawusch-bajá, queria con-

servarlo á toda costa; Begtasch-aga, griego como ella, adicto á su causa por la esperanza, la ambicion, el talento de su intriga, y la mancomunidad de patria, era su apoyo y su instrumento en el partido militar. Ella disponia con su popularidad de los genízaros, que agitaba ó apaciguaba al compás de su capricho.

La sultana Tarkhan propalaba en el haren, en el serrallo y en los cuarteles que la sultana Kœsem conspiraba con Begtasch-aga, por rivalidad y ambicion de poder contra el destino y aun contra la vida de su nieto Mahomet IV; queria ella, decian, sustituir á este niño, demasiado dócil á la influencia de su madre, la sultana Tarkhan, otro nieto suyo, al jóven Suleiman, hijo de una madre que le permitiria dominar absolutamente el serrallo con su experiencia y los fueros de su vejez.

Una esclava del haren, llamada Maleki, encargada de cuidar de las bebidas del sultan, reveló un proyecto de envenenamiento real ó imaginario en un sorbete preparado por el repostero del serrallo, Uweis-aga. Temblando ó fingiendo temblar por la vida de su hijo, la sultana Tarkhan difundió su terror por el palacio con las lágrimas en los ojos. No existen pruebas del proyecto criminal; pero estas acusaciones formuladas por una parte, rechazadas por la otra co-